

Mi querido Argul,

El martes pasado hablaba de tí chez Tortoni con Julio Payró; le decía que había recibido tu "Exposición de Pintura" y que el acuse de recibo se estaba demorando porque un libro tuyo me obliga, por diversas razones, a la lectura atenta, vale decir, en ánimo sereno y con tiempo suficiente. Esa misma noche me embarqué en el vapor de la carrera, como quien dice vendiendo salud, pero a las 7 de la mañana del miércoles doblaba la punta del Cerro con la garganta a la miseria y sus correspondientes 39 grados. He pasado aquí tres días de enfermedad, uno de convalecencia seguido de un domingo y luego el broche triunfal del 25 de agosto. Nada hay tan saludable como una pequeña enfermedad de vez en cuando. Además, este maravilloso tiempo horrible que nos expide Santa Rosa con su acostumbrada puntualidad digna de las más serias firmas inglesas, me libera honorablemente de pasear a los críos, quedando a mi disposición sabrosas horas, que dedico a menesteres más agradables. Tú, que eres un hombre perspicaz, ya te habrás dado cuenta que entre ellos ocupa un lugar de excepción la lectura de la prosa arguliana.

Te he leído, pues, estimado compatriota; te he leído con indeclinable interés y a ratos con entusiasmo; te he subrayado abundantemente y espero que esto no te parecerá mal, porque a los buenos libros, como a algunas mujeres, les agrada que se les falte el respeto. También te he anotado en los márgenes, lo cual debe serme computado como un mérito, si se tiene en cuenta que resulta bastante incómodo hacerlo en posición decúbito dorsal. Antes de pasar a otro tema, tener presente que si en lo que te digo referente a los libros, las mujeres y el respeto vislumbra un plagio más o menos inconsciente de André Lhote, pues algo similar escribió sobre la relación pintor-naturaleza, alguna observación tuya registra parecido desliz; en la "reflexión" XIX exaltas un Chardin de National Gallery de Londres, mostrando cómo en esa naturaleza muerta está místicamente presente la Última Cena; esa observación me trajo a la memoria una frase de Cocteau que me leíste hace más de veinte años en la casa de la calle Dante; palabra más, palabra menos, decía Cocteau que una pipa, un vaso y un mantel son también una Sagrada Familia. No es del caso alarmarse demasiado por estas pequeñas debilidades, porque se ha demostrado, por ejemplo, que Churchill plagia con frecuencia a Shakespeare, no literalmente sino en la cadencia de la frase; por lo menos así lo afirman lingüistas de reconocida autoridad.

Tus ciento treinta páginas son cabal aplicación del principio de economía que reiteradamente subrayas como índice para la valoración de la obra plástica; como crítico, te has ceñido a él con todo rigor, porque nada en el libro está dicho porque sí o para rellenar, como en ese oficio sucede con frecuencia; cada línea tuya tiene su sentido, su necesidad. Tal vez hayas tenido la suerte de no contar con excesivos reclamos de pluma en los últimos años y así has podido destilar serenamente conceptos y repulir tu prosa, permitiendo que sucesivos decantamientos culminen en la notable calidad que has alcanzado.

El libro te muestra tal como eres, observador atento y sagaz del arte, informado de todo lo que se debe saber, seguro en la apreciación, desprovisto de snobismo, liberado de capillas, círculos, logias y confesiones. Puedes detectar, como un instrumento suizo de la mejor calidad, la nota falsa aunque se nos quiera imponer como "lo último" y tu arrojado valor personal

dicta la página que dedicas a "La Carreta", tan justamente vilipendiada por los que entienden y quienes les hacen coro, pero que desde otro punto de vista como tú lo dices (sin ignorar que en ello va implícito un desafío) contiene valores circunstanciales o de ambiente que es justo destacar.

Excelentes comentarios sobre Blanes y Figari, que quedan caracterizados para siempre. Igualmente feliz la emocionada nota sobre Saez, cuya muerte a los 23 sigue siendo la mayor catástrofe del arte uruguayo. Las páginas sobre Portinari se clasifican, según creo, entre las más brillantes del volumen. Impagable el reportaje a De Chirico, a quien según parece no dejaste meter un solo goal (así es muy lindo escribir la historia). De la reflexión XVIII, traslado y autos a don Raul Damonte Taborda. En cuanto a la de Pascual Candín, transcríbese, publíquese e insértese entre los cien mejores trozos de la literatura universal.

Bien, esta carta no es un modelo de orden, pero he tratado de expresarte en alguna forma la excelente y perdurable impresión que me deja tu "Exposición de Pintura". De los dos millones de habitantes que arrojan las más recientes estimaciones (este es un país sin estadísticas), eres tú el que más entiende de estas cosas y si queda quien no lo sabe todavía, es simplemente porque no se ha tomado el trabajo de enterarse.

Abrazos y felicitaciones (Agítese antes de usarse).

*Felipe*

25 de Agosto de 1952.